

Santiago, mayo 1987

Estimados camaradas:

He recibido, igual que ustedes, una carta que Carmen Frei enviara hace unos días a los militantes de la D.C. Me pareció especialmente urgente y digno de reforzar el llamado que en esa carta se hace a un entendimiento tan amplio como sea posible para integrar una directiva nacional de unidad. Comparto esa posición. La unidad nos parece más urgente que nunca. Y quisiera muy sucintamente explicar porqué.

En una entrevista reciente al diario Le Monde, el general Pinochet reiteró una vez más lo que ha venido insinuándose desde hace algún tiempo: su absoluta negativa a modificar sus planes personales destinados a prolongar su gestión de gobierno desde su actual período de 17 años, para procurar completar 25 años al mando de la Nación!

En esta entrevista Pinochet magnifica lo que sería su apoyo electoral, situándolo en más del doble del magro 15 a 20% actual. Prepara así a la opinión pública para la alteración de los resultados electorales frente a un eventual plebiscito.

Respecto a las inscripciones electorales por el método escogido, se hace imposible inscribir a los ocho millones que tendrían derecho a votar.

En el frente económico, se organiza una gran operación destinada a usar los recursos del Estado dispendiosamente con el fin de obtener el favor del electorado. Por extraña coincidencia, la última renegociación de la deuda externa significa que en 1988 se reducirá sustancialmente el pago de intereses y que éste se acumulará para 1989. Esa holgura de recursos en el frente externo -de varios cientos de millones de dólares- estará disponible para el uso que determine el Jefe del Estado, precisamente en el año en que él estará en campaña para su reelección.

Por éstas y muchas otras razones, es que estamos convencidos que se prepara un enorme fraude electoral por parte del gobierno. Para ello no se escatimarán ni recursos ni medios.

Una reelección de Pinochet a través del fraude cerrará los caminos para una salida pacífica. El sumirá en la desesperación al pueblo de Chile. Le presentará a la juventud el dilema de someterse a una vida sin horizontes o sumarse a esfuerzos "heroicos" para derrocar al gobierno por la vía militar. Ocurrió en Nicaragua y El Salvador. Destruyó la convivencia en esos países y los sumió en el ciclo de violencia aniquiladora donde nadie puede vivir en paz.

No creemos exagerar al hacer ese pronóstico. Pero nos embarga también el más firme convencimiento que ese no es un destino inevitable. Creemos, tenemos la más honda convicción, que Chile es un país posible. Que su destino puede ser muy distinto al que sueñan los embriagados por su poder personal y los irresponsables de la izquierda leninista.

Chile puede más. Este no es sólo un convencimiento racional, teórico. Lo sabemos por lo que vemos y escuchamos de la gente concreta de este país. Lo expresa mejor que nadie la gente modesta de Chile, con más sabiduría, claridad y sentido común que tanto sesudo analista social. Siempre lo dijo Frei: la gente tiene mil ojos y ve, mil oídos y escucha. El pueblo entiende que hay un país posible. Comprende también que alguien tiene que mostrar el camino, hacer inteligible el presente y hacer posible el futuro. Destruir la confusión y organizar el esfuerzo. Despertar la mística. Apelar a lo mejor de cada ser humano. ¿Para qué? Para hacer de Chile un país posible. Ni más ni menos que esta meta común.

No es accidental que el pueblo mire hacia la Democracia Cristiana para que le abra ese camino. Y que muestre reiteradamente su disposición a incorporarse a la tarea que la DC le señale.

Hay demasiada esperanza puesta en nosotros. La vida de mucha gente pareciera depender de nuestra capacidad de estar a la altura de la exigencia de esta coyuntura crítica. Arbitrariedad o justicia. Miedo o tranquilidad. Cesantía o trabajo. Levantar la frente o

someterse una vez más a la humillación diaria de los pequeños dictadores diseminados por todo el territorio. Una vida normal para los hijos, o la inseguridad de la droga y el callejón. La oportunidad para una mayoría de los chilenos o la injusticia diaria que consagra el éxito del que nació rico y se educó bien.

Eso es lo que está en juego para tanta gente. Desde allí tenemos que hacer la política. Tenemos que responder a ese nivel básico, en que la vida se define entre la inseguridad cotidiana, o la vida vivible, en paz y normalidad.

La definición se inclinará en una u otra dirección según seamos capaces o no de interpretar correctamente lo que hay que hacer. Lo primero es representar un camino de sensatez, en que se asume maduramente una situación histórica con pocos paralelos en la historia contemporánea. Un país que ha sido caracterizado por estudiosos de su historia reciente como uno de los más polarizados y divididos, fragmentados y dañados en su tejido social, de los casos conocidos en el mundo contemporáneo.

Por eso la política, nuestra política, tiene que ser de reencuentro nacional. Tenemos que hablar más allá del partido. Interpretar y asumir al país en su conjunto, en su complejidad, sus contradicciones y su enfermedad de división y sectarismo. Tenemos que hacer gravitar al país entero hacia la sensatez, hacia el terreno común que significa compartir las tareas necesarias para el Chile posible. Tenemos que alejar a Chile de las posiciones extremas que polarizan y radicalizan. Nuestra obligación es hacer converger a la gente hacia lo que hizo grande a este país: su capacidad de entenderse, de colaborar entre sí.

Si el tono vital de lo que tenemos que hacer es el del reencuentro nacional, el principio básico que lo hará posible es el de la cooperación entre quienes no son iguales, entre quienes tienen discrepancias. Construir un país es antes que nada un acto de voluntad colectivo. Se construye un país -se supera la mediocridad y el atraso- porque se toma la decisión de hacerlo. Entre todos.

Vamos a derrotar a Pinochet cuando el país entero sienta que esa voluntad está presente. Cuando

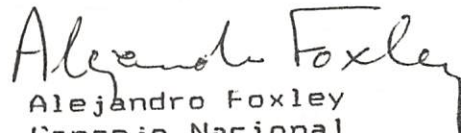
perciba que la fuerza política que debiera vertebrar ese esfuerzo -la Democracia Cristiana- está anímica y espiritualmente en esa veta constructiva, de reencuentro, unidad y cooperación, como motores concretos de su acción. Que es capaz de plantearse con envergadura frente al desafío nonumental que tiene por delante.

No son tiempos fáciles para los democratacristianos. Las exigencias que nos pone Chile y su gente, su pueblo, su gente humilde, son enormes. Tenemos la oportunidad de dejar nuestra huella en lo más profundo de este pueblo. De servirlo como a pocas generaciones les ha sido dado. Pero también podemos quedar por debajo, empequeñecidos por disputas secundarias, distrayendo las energías del Partido en dirimir conflictos menores, magnificados por quienes quieren vernos divididos.

Este es el tiempo de la unidad. No hay ningún tema, de aquellos que son esenciales para hacer de Chile un país posible, en el que tengamos desacuerdos marcados. Tampoco en la estrategia del Partido frente al gobierno. Basta para ello releer el texto del voto unánime de la última Junta Nacional.

Creo que los militantes que compartan estas inquietudes y planteamientos debieran expresarlos a los cuadros dirigentes del partido, exigiéndoles que abran camino a una conducción unitaria para la Democracia Cristiana en los próximos dos años.

Fraternalmente


Alejandro Foxley
Consejo Nacional
del P.D.C.